

LAUDETUR

63 Poetas españoles del siglo XXI

Agradecimiento especial a Lorena Álvarez de Sotomayor
y Laura Branco, por las revisiones de los poemas

Laudetur (2012)
Márcio Catunda

Márcio Catunda (Brasil, 1957) escritor y diplomático brasileño, vuelve a ofrecernos una obra en verso que se suma a una ya larga lista de títulos.

Destaco sólo los más recientes: “*Luz sobre la Historia*” (2011) y “*Autobiografía en Madrid*” (2012). En ambas obras Márcio ha dejado constancia de su amor y conocimiento de la historia de España. Si es cierto que no se conoce bien lo que no se ama y a quien no se ama, Márcio revela en ambas obras, conocer y amar profundamente España. Quien desee comprobarlo, acuda a las páginas de “*Luz sobre la Historia*” donde encontrará un poético recorrido por los avatares de nuestro país desde Atapuerca, hasta el siglo XXI.

Grata me resultó también la lectura de *Autobiografía en Madrid*, en la que Márcio nos transmite su experiencia de unidad con los lugares, la historia, las personas y personajes de la gran urbe madrileña. Todo ello acompañado con la musicalidad del verso. Historia, poesía, España y los españoles son constantes en sus últimas obras.

Ahora nos sorprende con un nuevo poemario en el que, con gran generosidad, dedica sus versos a 63 poetas españoles del presente siglo. Cada poesía es un retrato que aporta una faz íntima de cada autor. No son muchos los creadores que tienen la gratitud de *acercar, alabar y destacar* el trabajo ajeno. Márcio sí ha realizado el gesto ético de *hablar bien del otro* y presentarnos su particular visión de cada uno de los poetas seleccionados para así, hacer de nuevo historia desde sus personajes. Esto, unido cómo no, a la profundidad de sus versos, nos hace pronunciar ante Márcio un especial *Laudetur*.

Las páginas de sus libros nos hablan también de su propia persona: la variedad temática le asemejan a los grandes humanistas a quienes nada de lo humano les era ajeno. Su presencia, amable y apacible, algo dice de la profundidad de su

persona y el conocimiento de su currículum profesional nos hace sospechar la riqueza de un mundo personal hecho a golpes de encuentros con mundos y personas dispares. Sus versos no son ajenos a su itinerario vital ni a las virtudes que han forjado su carácter. De ahí proviene la calidad y calidez de su lírica.

No me queda más que animar a la lectura de estos “retratos psicológicos” que sin duda serán un goce para quien se acerque a ellos.

Antonio Piñas Mesa

DEVANEOS DE AMALIA BAUTISTA

A ningún psiquiatra pedirá diagnóstico
de su desesperación.
Seguirá desarmando motines contra la ternura.
A los que lo merecen, ofrece el corazón.
No le importa si hay que esperar insomne.
No teme padecer en cárcel de amor
por el caballero de los jardines
ni por el jugador de sortilegios,
con tal de que no hagan payasadas.
Destrozaría costumbres
sin temor ni a la deshonra ni al insulto,
sino a falsos halagos.
Incendiaría el mundo con el vino del amor,
que es fuego abrasando la viña,
locura en noches forasteras.
Derrama la miel en rebeldía
y se asoma a la ventana del infierno.
Es vulnerable a la tristeza
y amenaza con arrojar su vida por la borda.
Rodeada de melancolía,
camina sobre el hilo de la vida
ahogada en el silencio.
Al dios de la esperanza enciende velas.

ANDRÉS TRAPIELLO DEJA PAISAJES EN TESTAMENTO

Andrés Trapiello escribe un testamento de paisajes.
Recuerda praderas, campanas, viejos adobes
y el laberinto de un puerto.
Las nieves remotas de la infancia
diseñan tardes en las pupilas,
lóbregos portales de las calles sombrías de León.
Los cipreses de Gredos por donde a solas va,
envuelto en nubes.
La brisa mueve las hojas,
y el arrabal de una oscura ciudad
suscita momentos melancólicos.
Estrellas contempladas desde una estrecha calleja
y el ladrido lejano de un perro.
Tristeza de saber el día breve
e imaginar el silencio sobrehumano de los cementerios.
Lo demás, leer a Leopardi,
y sobresaltarse en medio del yermo.
Sentir el aroma de un recoleto jazmín.
En aras de un huerto,
meditar sobre la travesía humana.
Silbos, perfumes y candiles
como una película antigua.
Ante la rama de un cerezo en flor,
la contemplación serena
dando sentido al sin sentido.

ÁLVARO VALVERDE RECORRE LOS LUGARES DEL SUEÑO

Álvaro Valverde recorre los lugares del sueño.
Por las nubes que vuelan, advierte el otoño.
Busca la mañana de dominical certeza.
Contempla paisajes opuestos,
caminos que siguió por intemperies.
Haber habitado un jardín es un bálsamo
en la región inhóspita.
Un santuario de breve iluminación.
Que el árbol de la esperanza ofrezca un remanso
al que pasea en la existencia.
Entre yermos páramos,
un hombre cansado
mira los muros de un convento en ruinas.
Adora la quietud:
el silencio letal de la tarde
y el aroma fragante en el arco de las rosas.
Mira lejanas estrellas.
Vienen los recuerdos y sueños
hacia el rincón de la memoria.
Álvaro Valverde camina aterido.
Navegante solitario,
pisa losas hostigadas por el tiempo.
Atisba una sombra,
donde ser y no ser en un instante.

ANDRÉS SANCHEZ ROBAYNA,
PASAJERO DE LA LUZ

La tarde en reposo.
Dentro de la niebla del aire
está el que medita.
Aprende de la luz,
en el breve tiempo que la memoria abriga,
hasta lo impronunciado,
hasta la orilla de la mañana.
Comprende las palabras del mar,
que la vida añade al silencio.
Quién pudiera conocer la duración.
Si, bajo el cielo, sólo el mar perdurará,
viajaremos hacia la entraña del astro,
hacia los hilos que brotan del corazón del sol.
El poeta ve la crepitante lumbre
en las gotas del tiempo vivaz.
En lo eterno de todo instante,
imagina la piedad de la memoria,
un saber y un no saber hecho de epifanías.
En la amplitud del aire,
oye el rumor de las aguas primordiales.
Hacia la noche avanza la barca íntima.
Dentro del silencio conjurado,
poblado de voces,
hasta la ola de los orígenes y las postrimerías,
estudia el nacimiento de los dioses.
Está al borde del collar de Delos.
Insular transparencia, como evadirse en lontananza.
Pétalos diamantinos encienden el magma celeste.

DE LO QUE ÁNGEL CAMPOS PAMPANO APRENDIÓ DEL AIRE

Del aire se aprende un rostro
que se pierde en las calles,
la tarde desvanecida sobre los tejados,
y el celaje tenue de colores húmedos.
La luna de otoño es un hallazgo del aire.
Del vuelo aprende el pájaro,
como la rama también del aire aprende.
El agua solloza
y un río nos lleva hacia las afueras.
Destello del instante,
el aire enseña a ser para la nada.
Ante la imprecisión de lo lejano,
un silencio anida, rosa de niebla.
Escribir para extraviarse noche adentro.
Un rostro de lágrimas para decir lo efímero.
Del aire se aprende la fascinación del sueño.
Luz sobre los sauces,
la mirada se hunde en la transparencia.
Insondable, el día permanece.
Sólo el tiempo es invulnerable,
y no aprende del aéreo fluir absorto.

AGUSTÍN GARCÍA CALVO
BUSCA LA CURA DE LOS DUELOS

Embelesado en su huerto,
Agustín García Calvo presiente
un misterio de alfabetos.
Observa el juego de las nubes.
El murmullo del río siente, en su soñar de antaño.
Un viejo almendro le promete la tarde azul.
El arroyo abre las flores amarillas,
y la luna le otorga una ilusión de alegría.
Trasnocha de ansiedad,
y recibe un don de lágrimas.
Cuando brota el agua de mayo.
entre las ramas de los chopos,
a tientas, busca donde cuaje el anhelo.
Chispean los relumbres del abismo.
Estuvo hecho a los enredos
de una moza de pestañas floridas.
Detrás de su reja, esmeralda en la sombra
y hojas temblorosas,
busca la cura de los duelos
y encuentra lo que busca en lo que pierde.

AMANCIO PRADA INVENTA LA LEYENDA DE LOS EMBOSCADOS

Amancio Prada inventa la leyenda de los emboscados.
Los que buscan el agua de un manantial,
como revelación, voz de oráculo.
El emboscado pregunta cuándo es mañana.
Busca el templo donde habita lo sagrado.
Si ya nadie reconoce una nube,
los enamorados cantan en el huerto.
El emboscado es un apóstol de la primavera.
Su canto es una oración y un lamento.
El que sueña el bálsamo
y el bosque de los senderos desconocidos,
vislumbra el huerto de las estrellas.
Lloran las horas
y hay que beber el agua de los nómadas.
El brebaje de Orfeo
es como la claridad de la memoria
y las lágrimas del río de los antepasados.
Todo es un combate
por el sublime frente de los anónimos héroes.
¡Vida: lejana estrella de un solo día!
Hacia la utopía camina el emboscado,
llevando su candelabro.
Busca el manjar límpido,
polvo de luna que bebe el mar.
Busca la espiral que sube hacia el principio,
en la pirámide del conocimiento.

LOS MOTIVOS DE ÁNGEL ANTONIO HERRERA

Con el desvelo de un licor,
cumple trashumancias nostálgicas.
Luce el amparo de los sobresaltos,
que aún le esperan en melancolía.
Siente Ángel Antonio los colores del duelo,
litigio de enamorarse,
que es sacramento jubiloso
y manjar de euforia.
Prueba a cantar en un jardín de extravío,
que conspira contra su deseo.
Se lleva a los hombros temores de júbilo,
que no curan los venenos.
Convalece de la herida de vivir.
Cada noche arruina el diluvio dolorido.
Como un daño de claridad,
luna de intimar con el espanto.
Triunfan las catástrofes,
mientras le sobresale el síntoma vagabundo.
Aquel que viene de donde nunca estuvo
padece un fervor que suscita usanza de pánico.
El perfume permanece en su lejanía.
A deshoras, lee en los espejos
el propósito de los peligros,
al antojo de una paz,
cuyo sitio es el antídoto del desconsuelo.

ANTONIO CABRERA VISITADO POR LOS PÁJAROS

Antonio Cabrera observa las tórtolas acechantes.
Pide amparo a la claridad.
Canta al tiempo sin ansia
y las margaritas le auguran tregua.
A pesar de la inmediatez desconocida,
disfruta de las horas luminosas.
Ensimismado, siente el viento numinoso.
Junto al agua, lomas y pedrizas divisa.
Un rincón de mansa ventura
descubre en la infancia nocturna
y lo remoto se esfuma como lo no visto.
En laureles, con silbidos límpidos,
los mirlos destierran toda dubitación.
La hora es tangible,
pese a la tristeza del espacio transitorio.
Dentro del fervor del instante,
los pájaros martillean consuelos.
Flota la gota de la vida
al borde del sueño,
donde perduran las certidumbres rituales.

LA UTOPIA DE ÁLVARO GARCÍA

Un vuelo cruza una canción en blanco
que se recrea en oír los latidos del tiempo
mientras sabe que nunca se acaba de saber
lo que ciñe la hora oscura y clara.
Al menos la música nos redime,
y hay sitio adonde huir,
aunque sea dentro de un astro nocturno.
Turbado por la luna,
se prolonga el instante de tardes afiladas
como quien bebe el vino del amoroso cénit
y cree en la revolución individual.
El giro de las cosas se glorifica en poesía.
La paz, como un sol vivo,
tiene sitio en la piel.

ANTONIO LUCAS INDAGA SOBRE LA MATERIA DEL TIEMPO

Antonio Lucas, a la deriva, niega el miedo,
conjura los néctares
y el precipitarse de lo ido.
En sus mundos contrarios,
desconcierto y expectativa
asoman desde el instante.
Escribe contra la niebla de lo irremediable,
puesto que le importa dar sentido al mundo.
Si el extravío aflora en noche madura,
recoge del día, pájaro de sal,
la tarde abierta hacia el júbilo transitorio.
Su revelación es un futuro insólito,
agua intermitente,
en que la vida alumbra el daño.
Estar vivo es su equilibrio de lumbre.
Su teatro de ceniza.
Respira el aire de un reencuentro,
mientras espera el vino azul de la nada.
Navega en el espanto:
reino de música volátil.
La vida le parece una liturgia de fuga.
Su propensión a apaciguar la noche.
El sobresalto del tiempo.

LOS DIOSES DE AURORA LUQUE

Dando vida a lo soñado en huertos de adelfas,
desmiente la muerte.

Toma un café en la terraza del silencio
para aclarar la turbiedad de los días.

La ternura antigua convertida en hondo placer,
recita la metáfora de las ondas,
descifrando el aroma olvidado.

Encharcada en los antros de Venus,
Aurora Luque desdeña el letargo.

Eros y Tánatos, como signos del laberinto,
buscan emoción de océano sucedáneo.

Como sueños destinados a alta mar,
Amor le pone luces de puerto.

Precario es el hilo del destino.

Enigmático, de estancia en estancia, el porvenir.

Aunque lastimada por el mundo,
inventa un vino de vértigos:

el deseo es un árbol y un templo.

Sus dioses son el almendro en flor
y el fulgor del tiempo.

ANTONIO COLINAS, VIAJERO DEL TIEMPO

Desde el Sepulcro de Tarquinia,
Antonio Colinas demanda la música del ser y el no ser.
Aprecia los jardines entre cúpulas y pabellones.
Respira con la mar en torno a piedras milenarias,
criptas y cementerios calcinados.
Está perplejo frente a unas campanillas.
Canta el instante sublime, sintiendo el aire limpio
y leyendo el otoño en las ruinas.
Su palabra se llena de mitos,
tabernáculos de lejanía,
primavera de ruiseñores que serenan alamedas.
Imagina que somos una llama espiritual,
un sueño que arde como el estío
en los labios de la mañana.
Desde lo alto de los montes,
le encanta ver los campos bajo la bruma,
el remanso de los páramos,
donde extraviarse quisiera,
abriendo su ser
hasta amar la infinitud.
Es un peregrino en Ávila.
Escruta los secretos de la noche
transfigurada en un lago estrellado.
Tiene sed del misterio de ser por siempre.
En la Plaza Mayor de Salamanca
respira la libertad de la utopía.
En una azotea de Jerusalén
ve la penumbra de las lámparas
y medita sobre el manantial del estanque de Siloé.
Vela bajo un añoso olivo en el huerto de Getsemaní.
Entra en un sendero de ebriedad,
donde el viento aúlla en los aleros,
como el silencio en las piedras.

ANTONIO GAMONEDA DEFINE LA EXISTENCIA

Gamoneda comprende las cosas como sensaciones.
En caminos de azucenas alimenta la memoria,
en las viñas piensa en la cal de los ancianos.
Conoce de la rosa el perfume enigmático.
Cuando los chopos en las riberas serenas
se llenan de ruiseñores absortos,
le hablan los manantiales de las palabras perdidas.
Desiertos los jardines,
hierve la luz del cántaro,
que es piedad e impureza.
En su creencia hay pétalos vivientes,
desvanes habitados por palomas furtivas,
dulzura de niñez lejos de sí.
Como canciones en lejanas noches,
se desprende la flor del llanto.
Un tren avanza en las sombras de sus huertos.
Campanas suenan en las horas vacías de su alcoba.
Siente la púrpura desolada del crepúsculo.
El alcohol de la lucidez bebe en jarras de tristeza.
La caricia del olvido es un espejo.
Así es el misterio: la mirada inmóvil y la idea imposible.
Vida otrora rocío, delirio de eternidad.
Frío de claridad sin descanso,
en tanto que preguntamos
por la música de donde venimos.
Así es la vida: placer entorpecido
por visiones de abandono.
Recuerdo de sombras doradas en los muros
y los rostros amados como relámpagos.
Amanecer de abismo en las amapolas.
Tristeza que respira.
Preparación de agonía.

AMALIA IGLESIAS SERNA
EN LUGARES DE DULCE PROMESA

El rumor de los nombres
siente como un torbellino.
Pero un solo nombre escribe Amalia Iglesias Serna
en lugares de dulce promesa.
En tardes que huelen a ciruela,
recuerda rostros de incertidumbre.
Mas respira con Lázaro en los campanarios
y vuelve a nacer en claridad.
Bebe en suspiros el sabor
de las horas por venir,
mientras arden los frutos del verano.
Quiere desnudar la noche,
quemar las zarzas con brasas de deseo.
Los estanques de quietud no narcotizan su angustia.
En su vigilia hierven vórtices,
desasosiegos pulsán en el manantial de sus venas.
No merece la pena abismarse en la penumbra.
Mirarse en los espejos de la pasión
dictamina el zodiaco de su inquietud.

BENJAMÍN PRADO A MERCED DE LA MAREA HUMANA

Está con los que aceptan el vértigo,
inmerso en submarina oscuridad.
Con los que huyen del fuego,
en la muralla de la torre en llamas.
Auroras masticando con los lobos,
resiste el cerco de la noche,
en la azotea de las horas fértiles.
En los sótanos sueña con gaviotas de nieve.
Fabrica antídotos contra el rencor.
Aprende el idioma del trigo,
cincelando estatuas de viento.
Con remedios de tiempo, cura heridas de amor.
Espera a la de los ojos como “suburbios de la luna”.
A merced de la marea humana,
camina Benjamín Prado, en la plaza entre palomas,
girando en el círculo inflexible.
Antagónico a los que atesoran cifras de dolor,
sol de infancia pide, en vez de calabozos.
Y del huracán que gobierna la vida
salva los racimos de alegría.
En sus huellas estoy,
con los que añoran las mañanas.

BLANCA ANDREU
CONSULTA LOS ARCHIVOS GRIEGOS

Blanca Andreu habita, desde antiguo,
las casas blancas
y en sueños ve las aguas de la Argolida,
el plenilunio de Paros entre olivos
y el crepúsculo abierto sobre el mar.
Desde antiguo, recuerda la luz del océano,
cual pradera de dulzura.
Mira por la ventana de su infancia
un velero varado en la marina corintia.
Las mañanas ostentan torres blasonadas.
La esperanza crece como las hojas,
en un septiembre que sabe a uvas.
La espuma evoca una gacela blanca
sobre el arco de la ola.
Su ideario es saborear el color de los hechos,
negar el mundo lúgubre de fugitivas glorias
y descubrir el pulso del universo.

CARLOS MURCIANO EN NOCHE TEMBLOROSA

Sueña que despertará al borde del abismo
y la mano compañera le aliviará la angustia.
Están perdidas las llaves de las puertas,
afirma él, suelto y encadenado.
Intenta huir, mas no lo logra,
y es que se hizo caballero preso de sí.
Sin escudo, desahuciado,
desafía al Dios oculto en sus atributos.
Lo acusa de destruirle la esperanza.
El miedo del destino irremediable.
El jardín de la incertidumbre.
La perplejidad ante el divino sigilo.
Sus soledades en yermo ardido.
Son estos los premios
que acapara al desbordarse como un río,
huyendo, aterrado, hasta los eriales
para encontrar al que le conduce al precipicio.
Carlos Murciano sigue quejándose a Aquél
que lo alcanza y rastrea sus huellas.
Que borra sus veredas en noche temblorosa,
donde espera y desespera.
Como tregua, un pacto le propone
al Señor de los despojos.
Ya no quiere derrotarse a sí mismo.
Siente la intención de creer,
y duda, no sabiendo, pero soñando.
Es inalcanzable la nube
entre el ser en la sombra del tiempo
y la eterna claridad.

CARLOS MARZAL LECCIONA ASOMBROS

Para llegar a su extraña intimidad
le conviene no estar siempre en sus cabales.
Flotar entre las cosas sin ansia,
imaginar un cielo de emoción.
Lo que vive conspira.
Estar siendo es deambular en luz.
Lo que somos, horas procesionales,
un caminar hacia la vida por vivir,
un estar al acecho en sus afueras,
dentro de la magia del instante.
Al calígrafo de fantasías, toda esta alacridad,
esta llama como hechizo ante la frágil permanencia.
Nada más que para aguardar en vela,
perdura el apogeo.
Apenas camino a la cima
el mundo se alumbra
y la canción se hace delirio
para engañar nuestro no saber.
Destierro es nuestra ciencia.
¿Existe el don en sí
o es conjetura su estado de gracia?
Disfrutar de esta pura brasa viva
es abandonarse en posesión de sí,
cada minuto enciende su lección de asombro.
El aire azul nos dirá la verdad exultante.

CLARA JANÉS EN UN REMANSO DE FRUTALES

Acompañada por viento estremecido,
Eurídice azotada por abrojos,
Safo insomne por los yermos,
sueña Clara Janés.
Pasea en un remanso de frutales,
adivinando la irisación del aire.
Siembra esmeralda en el umbral del sendero.
Bebe del cáliz inescrutable
el vino que mece el dolor.
Recoge aliento con alas de alondra.
Tiene en sus labios un jardín en llamas.
Va en trance de plenitud,
anunciando la lluvia de los astros.
En la fragancia de las rosas presiente los albores.
Un solo anhelo transparente busca.
En la quietud azul, vértigo cristalino,
vive el instante del rocío.
El oleaje de una hoja aclara las palabras del bosque.
Navegando en sus destellos,
encuentra el sosiego de ala leve, seda de pétalos,
armonía donde se cierran las heridas,
donde el desamor se desvanece.

CÉSAR ANTONIO MOLINA,
DEVOTO DE LA NATURALEZA

En sus viajes hacia el silencio,
escucha el agua.
Su barca merodea ruinas de molinos,
norias con ruidos de encanto.
El llanto del sauce derrama nieve.
Cual peregrino de antaño,
corta flores en los altares de piedras.
Surca los puentes colgantes,
bajo el juego de los astros.
Mientras recoge castañas,
disfruta los bálsamos del Eume.
A sus profundidades mira.
En su sueño, las flores blancas
son piedras preciosas dentro de un abismo.
Se asoma para oír los álamos.
Bajo las olas de las golondrinas,
busca reposo y encuentra el aroma de una manzana,
que evoca un lugar donde se calma el dolor.
Del rocío de niebla, bebe aliento.
A orillas de un bosque de anémonas,
contempla sus tesoros.
Un muérdago es la gracia del día.
En su camino imagina los témpanos lunares
y las briznas que vuelan.
Su felicidad es ver como cuelgan las flores del higo.
En sus viajes, habla con los murmullos subterráneos.
Con la bruma del mar, cascada vespertina
que un ángel deja ver
en la oscuridad del deslumbramiento.

DIEGO DONCEL DENUNCIA UN ONIRISMO VIOLENTO

Siente en todo el peligro de los propios sentimientos.
Está perplejo ante el espectáculo turbio de la paranoia.
El poeta sueña con lo que perdió.
El cambio de civilización resultó en psicoterrorismo
y no le queda más que viajar lejos de sí.
Es que la industria redujo el infinito
a un contenedor de basura
y, para que todo se aclare,
hay que beber la duda entre fármacos
que producen afectos sonámbulos.
Es un extranjero
en el mundo de horizontes metálicos.
En su pensamiento hay sanatorios y fantasmas.
Olvidarse de sus propias ideas
le parece un modo de encontrar descanso,
como cuando leía a Montaigne,
con manos temblorosas,
lágrimas y algún silencio en sus doloridos clamores.
Al margen de la vida apócrifa permanece,
entre callejones de irrisoria ficción.
Mira hacia dentro de sí,
y ve la dimensión química de su mirada
hacia el laberinto,
en medio de centelleos
que advierten de miedos omnívoros.
La vida le parece un espejismo de pesadilla.
Una travesía por ambientes de paliza,
dictaminados por el mercado de deuda
y las agencias de especulación.
La vida le parece la bufonada
de un teatro de perversiones.

LA NOSTALGIA DE ELOY SÁNCHEZ ROSILLO

Cierra los ojos y vislumbra los geranios.
Ve a una muchacha más bella que el fulgor del verano.
Pasaron los días de la antigua primavera.
La sombra no le devuelve aquellas imágenes:
la vieja acacia que vio plateada, bajo la luna,
el recuerdo de su madre cuando era joven,
el pastor y el balido del rebaño,
los gorriones que lo despertaban en el primer albor.
Bendice los recuerdos de su juventud,
la canción de un jilguero en la luz vespertina,
la gloria melancólica de haber vivido.
No se detuvo el curso de las horas,
y no le queda más que añorar el pretérito encanto
de aquellas plácidas tardes.
Al fin de la hermosa fiesta,
de pronto está bajo la misma acacia.
Recuerda el rostro ajeno que tenía,
otra era la llamarada
de los largos días de la infancia.
Va acabándose el tiempo,
mientras crece la expectativa del gran silencio.
La vida, un día lleno de indulgencia,
le entrega la libertad de andar solo,
lejos de sí mismo
para meditar sobre el enigma.

EDUARDO GARCÍA CELEBRA EL GOCE DE ESTAR VIVO

Eduardo García celebra el goce de estar vivo.
Flota en el ensueño, por la paz de las mareas.
Supone su casa en la cima del viento.
Tiene la brisa entre las manos.
Las estaciones crepitan.
Al filo de los labios, siente las ascuas de la vida.
Con las manos tendidas al encuentro,
a golpe de intuición, se declara en fuga.
Hacia las luces de una fiesta,
el resplandor de una mirada
se vuelve un pozo de tinieblas,
que sus ojos acarician con destello.
Por los jardines de asombro,
tiene en vilo el corazón.
No sin mirar el precipicio,
arroja al mar las llaves de la noche.
Quiere abrir futuro y despertar mañana,
a orillas del aliento.
Siente el vacío de los afanes.
Permanece “hilando incoherencia”,
sediento de imposibles,
según la hondura de su deslumbramiento.
En el umbral expectante,
un confín de resplandores va nublando sus sentidos.

INTERPRETACIÓN DE ENRIQUE BARRERO RODRÍGUEZ

La incertidumbre como encrucijada,
entre la dicha del instante
y el poso adormecido del abatimiento,
somos sombra, espuma en la distancia,
arrebato y asombro.
Así medita Enrique Barrero Rodríguez
en las nubladas noches.
Sube a las cumbres y ve un radiante aljibe,
cual promesa de eternidad enajenada.
Su pensamiento se deleita en el azul de las riberas.
Sus pulmones beben el aroma de la brisa.
Se trata de un poeta estoico y ecológico,
un discípulo de Marco Aurelio,
que anda descalzo por los campos de espigas,
estigmatizado por la fe en la fraternidad.
Es un adorador del Señor del tiempo y de la herida.
Tierno cantor de la consolación
y de la gloriosa luz que clarea el lodo.
El visionario de la perenne primavera
camina por precipicios,
iluminado por el astro de la esperanza,
y comprende la paz de los álamos y de las alboradas.

FELIPE BENÍTEZ REYES
IMAGINA EL LABORATORIO DEL TIEMPO

El tiempo se lleva los restos de la fiesta
y los recuerdos como regalos fugaces.
El mar oscuro habla de lo efímero de la noche.
El trance de la vida, como aventura hermosa,
le dice que hubo felicidad los pasados días.
Felipe Benítez Reyes
supone ganada la partida de sombra.
En sus visiones, desliza la luna
por senda entenebrada,
El poeta lamenta la milagrosa insignificancia
de los instantes llenos de quimeras.
¿Fue la vida una alegre leyenda?
La comedia, escrita por astros caprichosos,
narra un episodio insomne.
¿No es el amor menos que fantasmagoría?
¿No es la noche de nadie,
y la vida, niebla confusa?
Asustados de ser nosotros mismos,
dentro del laberinto del tiempo,
escuchamos el murmullo del desierto.
Todo es hastío y temor.
El tiempo, esencia desvalida, es fragilidad.
Confusa discurre la vida:
vértigo imparable.
El laboratorio del tiempo mezcla el vacío y el relámpago.

FÉLIX GRANDE EN EL UMBRAL DE UN SUEÑO

Lleva escombros de destino
y escucha la música de la desilusión.
Lamenta no poder volver al tiempo
en que ha sido feliz.
Herido está de anocheceres
y alucinaciones de nieve y oscuridad.
De cuanto es inexorable
como un secreto,
como el afán de no ver el tiempo,
mientras avanzan las horas.
En las esquinas de vivir,
baja por las cloacas de su tristeza.
La lumbre del ser junto al no ser
hace brillar la tarde
y le recuerda el abismo nocturno
de una vida aterida de melancolía.
Félix Grande solloza
en honor del silencio enlutado y del miedo,
esa lucidez violenta del hombre taciturno.
En el insomnio de su noche vacía,
haber amado le inspira una redención de despojos.
Él se asoma a un enorme barranco
y escribe el epitafio de su juventud
en la penumbra,
donde se acumulan sus asuntos desdichados.
Pero vislumbra todavía algún signo de dignidad
sobre el obelisco del desconsuelo.

LA FORTUNA LÍRICA DE FRANCISCA AGUIRRE

Su fortuna es un manantial de sueños:
intangible esperanza que alumbra la vida.
Conoce el asombro de la certeza
y contempla el propio espanto.
¿Es que podemos
frente al desatino que es la vida misma?
Francisca Aguirre cosecha música
por la que el futuro se anuncia.
De caos en caos,
canta para no llorar el desperdicio.
Canta en el rincón del consuelo.
Quisiera medir el tiempo a cuentagotas
y celebrar el deslumbramiento del milagro.
Con el atardecer, urdir el encantamiento.
Con el conjuro de Mozart, exorcizar el miedo.
Con el valor del destrozo, lograr que duerman los oprobios.
Con desahogo cristalino, brindar por la dicha
y por la llegada de las golondrinas.

SOBRE UN MOTIVO RECURRENTE
EN FRANCISCO JOSÉ MARTÍNEZ MORÁN

Francisco José Martínez Morán
a meditar me invita en un jardín inhóspito,
donde la lluvia disuelve el barro que somos.
Añora con antelación la engañosa exuberancia.
Como la nostalgia de apoteosis que invadió Catulo,
bebe el licor del desengaño.
¿Cómo rendirse al esfuerzo que parece siempre vano?
Pero tampoco logra eludir los placeres embriagadores.
La luz esconde el rastro de los días,
cuando piensa que nada es más que ensoñación.
Siente la misma esperanza
con que Ovidio añoraba el Tíber.
Tarea vana es la de escribir
y saberse ante el fragor de las cosas perdidas.
El poeta confiesa
que no sabe dónde buscar su redención,
y me convoca a afrontar la penumbra.
Si no hay cómo poner muros al miedo,
no hay más que lamentar el resplandor de un rastrojo.
Aprendo con su estar en el reino de los vivos.
Al borde del abismo,
sé que formamos parte de la escombrera.

FRANCISCO DÍAZ DE CASTRO RECOGE LOS MATERIALES DE LA NADA

El mar es una puerta,
por donde Venus le regala espuma,
Si la vida prometida es un resplandor sin pena,
hay que buscar la tregua de la tarde absorta.
Con sueños y deseos enemigos,
la memoria nos imprime su máscara,
y nos enseña rostros que fueron ascuas.
¿Cómo vence la vida al desengaño
si en la noche futura,
rehenes de los días gastados,
aportaremos en la costa de la nada?
Un estado de sitio es cuanto somos.
Así razona Francisco Díaz de Castro,
mientras manda al desengaño que se calle
y sigue luchando,
con el placer de entregarse a la contemplación.
Brisa de octubre entre las hojas,
y observar la paciencia del mar.
Lo demás son oscuros sucesos,
visiones que el tiempo clava en la inquietud.

GUILLERMO CARNERO IMAGINA
EL MINUTO DE LA ROSA

Alza tal certeza sobre un mar de oscuridad,
que por un valle, con fantasmas de galerías,
todo arriesga por el silencio de las corolas.
Escruta las cosas como aliento para la incertidumbre.
Observa el terciopelo en bóveda umbría,
idealiza caprichos de precisa dicción.
Palabras que inventa en dudoso hechizo,
mirando altos cristales.
Alaba a Juan Sforza,
el serenísimo príncipe que asiste al plenilunio
sobre los mármoles de Tesalónica.
Proclamar la primavera es un dictamen
soñando entre acacias y rosas.
Declara que su destino es beber el licor carmesí fugaz,
hoguera con que apresa el calor del instante.
En su búsqueda de un estado interior,
sabe que todo no es más que una efusión de entusiasmo,
efímero como el baño de las ninfas
ante una eclosión de nenúfares.
Su poética es una fuga hacia la fiesta de los sentidos.
Es todo cuanto nos haga pensar que estamos vivos.
A orillas de la noche,
discurre en la góndola de las horas,
respirando la madrugada.
Por la razón de estar vivo,
diagnostica en sí mismo el síndrome de amor.
Guillermo Carnero imagina el minuto de la rosa.

JAVIER LOSTALÉ CANTA
UNA TORMENTA TRANSPARENTE

Semilla de sombra fructifica en su soledad.
Honda, la hora canta en su tristeza.
Un silencio nubla su paisaje
y el mundo le asemeja un peso turbio.
Javier Lostalé canta la tormenta,
inmerso en brisa transparente.
Cruza el umbral del amanecer
y, de pronto, sombra violeta desvela el aire de su secreto.
Ausencia que es atardecer.
El fervor de lo perdido altera el plenilunio.
Canta la hora en campanarios.
Aurora de olvido,
por la que aún respira un aroma,
que se materializa y le proporciona la emanación triste.
La rosa es el engaño de embeleso,
con el que dialoga con el tiempo.
En el encanto de lo perdido,
mira, desvanecido, y envuelto en luces mojadas,
los pétalos del recuerdo.
Vencido está por su alto designio.

JAIME SILES ERIGE UN CENOTAFIO EN HONOR A LA POESÍA

La realidad le parece extraña
como un temblor de ansia.
Jaime Siles pregunta si tiene la luz destino.
Perdido vive en sensaciones,
con la mirada puesta en las cosas transformadas.
Perplejo, ve el río que nos arrastra hacia el abismo.
Dudar es escribir el silencio y la claridad.
Con los dioses del sonido,
la luz fundamenta el porqué de uno mismo.
Pero todo es una ficción del yo.
Esa realidad como un sueño en las afueras
ensortija el cárdeno espacio de la vida.
El tiempo tiñe la costura del cielo.
El otoño de lo que recuerda dura como un dolor.
Lo que existe, existe porque nos mira.
Pero ¿dónde está, cuando no estamos?
Así permanece en sus ilaciones,
caminando por desfiladeros perfumados.
Es un andariego que quiere despertarse brisa
y ser el espejo del recuerdo.
Declara su creencia en el dueño de lo imposible.
Debajo de los días,
conoce la vida como río de rápido curso,
agua sin cauce,
sombra de espesura, rumor disuelto en los vientos.
Busca imágenes cambiantes, memoria y música
y todo permanece como percepción
de algo más allá de las cosas.
Como un resbalar de mañanas luminosas.

JESÚS AGUADO, MENDIGO DE LA IMPERMANENCIA

Jesús Aguado siente el tiempo
como un atajo hacia el vacío:
claridad que resbala
en el estanque de la búsqueda.
Untado de aceites aromáticos,
en su sueño, quisiera dormirse
sin porvenir dudoso.
Como los niños que juegan sin sentirse,
acecha el trabajo de la muerte.
Vasudeva enciende su sed con un *carcaj* de luz.
Le habla de la emboscada original.
Le enseña el arte de inventar etimologías.
Hacia los blancos nenúfares de la luna,
los cuervos dan voz a su esperanza.
Una utopía de amor le cura las heridas.
Su pensar vive entretenido
con los licores que perdió.
En un altar de ilusiones,
enfoca su telescopio a Saturno
e intenta descubrir el otro lado de las cosas.

TRAYECTORIA EXISTENCIAL DE JOAN MARGARIT

Con vagar solo, Joan Margarit busca consuelo.
Recuerda una emoción perdida:
sobrevino el desamparo que enciende los afectos.
Ausencia que anochece cual campana triste.
Silencio en la brisa del instante.
Desde la noche de El Rigat a los viñedos invernales,
anduvo hasta una calzada de Santa Coloma.
La vida le enseñó las nubes violáceas de un turbio mar.
Comprendió el miedo de aquellas sombras de guerra
que poblaron su infancia.
Un tren fantasma, que es el tiempo y el mundo,
fue su obsesión y su lejano horizonte.
Aprendió a soportar melancolía, que es dignidad.
Anoto los hallazgos de su trayectoria:
desde los quioscos de La Rambla
a la desierta Estación de Francia,
los callejones oscuros.
Montparnasse con rincones sombríos.
La calle de ruinas matinales y la casa desierta,
bajo la oscuridad de la esperanza.
Barrios de esperpento que no burlan la muerte.
Todos los bares son de despedida
y las heridas lo hicieron duro y compasivo.
Una voz de recuerdo escucha en los hitos de Barcelona.
Hasta en los días cabrones
aprendió a ser feliz en su huella cotidiana.
Ayer fueron las luces de un cristal.
Mañana vendrá con las disoluciones
y el ácido que agrieta los muros.

EL DIONISÍACO JOAQUÍN SABINA

Deplora los despachos de las bobas
cabezas como triste algarabía.
Adora a las morenas que son lobas
que acechan las quimeras de su día.
Si la canalla intenta fechoría,
descarga su venablo, el Casanova,
cantando de Afrodita la manía
de codiciar los placeres de alcoba.
Maldice a los perversos sin palabra,
las almenas de su castillo labra,
sembrando luz y cardo de jazmín.
Dispersa amaneceres en su fragua.
En banquete de amores, vino y agua
celebra el *carpe diem* de su festín.

JOAQUÍN PÉREZ AZAÚSTRE
INTENTA COMPRENDER LA VIDA

Sentado a la mesa de la plaza
quiere evadirse
y su ensoñación es un abismo sin balcón.
En Lisboa, traza la mañana de copas verdes
y escribe: “abrigo de desolación”.
Desea una melodiosa calma,
donde descansan los veranos.
“Recógeme en tu almena”,
pide a la amazona de muslos blancos.
Invita al amigo al fuego sonoro de su casa.
La vida es más que una hueste de pasos tenebrosos,
afirma, y siente una contractura en la espalda.
Recoge el ocaso en el armario de las horas futuras.
Ante el laberinto gris de los días
y el temblor del precipicio,
la vida invisible es una impertinencia de la felicidad.
Con su jersey rojo,
Joaquín Pérez Azaústre deambula
en la inminencia blanca de la luna.
Y en la ensoñación de los atardeceres,
busca el aroma del agua que se duerme.

EL ANTÍDOTO DE JOSÉ MATEOS

Mañana, cerca del mar, cantarán los árboles.
Pero la noche vino para que uno viva con el miedo.
Ya no jugamos como niños en las tardes desveladas.
Yermos, los meses de soledad
colman de hechizos el tiempo.
El mirlo se consumirá en música.
¿Nacerá, bajo la luna, un nuevo afán?
La noche del engaño instila dolor
en el caudal de plenitud.
El destello insólito nos arrebató
y somos barcos que demandan los charcos.
Un día veremos la derrota como un beneficio.

JORGE DE ARCO
HABLA DE LA FÉRVIDA ESPERANZA

Un vendaval lacerante de enigmas,
recuerdos como consuelo,
el poeta se asoma a una azotea de sombras.
Reposa en la tarde con celaje de ayer.
La vida se le antoja una pesadumbre de paisajes.
Tiene en las manos pétalos caídos
y el silbo del mirlo le trastorna el corazón.
Reposa en la tarde con celaje de ayer.
El humo del tiempo lo despierta
para aspirar el aliento de la casa,
recoger perfiles y rumores,
soportar la ausencia y el rencor del destino.
Memoria febril que la noche golpea,
vivir es un letargo de asombros.
Jorge de Arco habla de las veredas silentes;
de la férvida esperanza
y del clamor de las tardes desoladas.

AFORISMOS DE JOSÉ MANUEL CABALLERO BONALD

Con el mirífico entendimiento,
coser la disyunción de las constelaciones.
Con los ordenamientos de la soledad,
desenhebrar el despiadado estigma.
Contra la condición de lo efímero,
ir despojándose de la culpa insigne,
(impunemente, si lo permiten las acongojantes aguas).
Rompiendo ataduras del material vertiginoso,
rectificar los segmentos nocivos.
Volver a saber lo olvidado.
Cruzar incólume la zarza ardiente de los desperdicios.
Aprender con el anhelante oficio
que supone los sustentáculos del tiempo.
Beber el destello en balcones de penumbra.
Tratar con miramiento las apremiantes fauces del pretérito.
Pactar con los días venideros
(de ser posible, girando en los despeñaderos).
Deshilar la trama ante los trasuntos de la fe.
Dentro de la noche sin paredes,
volar hacia el centro insondable,
instaurase en el confín inmutable,
hasta la contemplación de la ceniza.

JOSÉ RAMÓN RIPOLL
ANTE LA NIEBLA DE LA MÚSICA

Con la luz sombría de la noche,
el mar suscita la resonancia de un nombre.
Es el mar nevado de los sueños
que José Ramón divisa perplejo.
Crepita la palabra, recuerdo de mirtos,
y un río como prenuncio de disolución.
Con la memoria
a merced de una conspiración de sombras,
inmerge en espejismo para descubrir el laberinto.
El tiempo nombra el espacio iluminado:
las ascuas mojadas de las estrellas.
Frente al desvanecerse de la rosa,
portal de niebla,
música más alta que la muerte,
el fuego misterioso reina en la tarde.

PERFIL DE JOSÉ LUIS GARCÍA MARTÍN

Tiene la cabeza fascinada,
y pasea por jardines melancólicos.
Por las calles, en noches desgarradas,
considera su vida un puñado de palabras sin ventura.
Lamenta su monólogo a solas
y celebra su biblioteca de sueños.
Pregunta por la incertidumbre del instante sin tiempo.
Su placer es respirar el aliento dulce del verano.
Camina, de sí mismo abandonado.
Otra compañía no tiene que el viento.
Viento que acaricia las ramas de su jardín de sombra.
Otra verdad no tiene
que la ceniza del tiempo en sus manos.
Ceniza que huele a frescos racimos.
Añora a la musa del pelo rubio,
que iluminaba sus días.
Recuerda la noche susurrante,
que coronó de estrellas el ciprés.
La tarde de otro tiempo de encantamiento,
con un mirlo cantando en la enramada.
Imagina el primer amanecer del mundo.
Teme perder lo que nunca ha tenido.
Sueña con lugares donde nunca estuvo.
Afirma que los días felices no existieron
y que tampoco el mundo existe.

JÚLIO LLAMAZARES RECOGE MIEL DE UN PANAL DE ORTIGAS

Julio Llamazares canta la mansedumbre de la tarde,
los odres antiguos,
y el reavivar esperanzas.
Le pesa la vida, agonía frutal
que madura, viña de asombro.
Vislumbra con los proscritos
dónde beber de lo más hondo.
El recuerdo es un vino amargo.
En soledad de rumiadas tristezas,
le duele la duda,
contemplada en tejados verdecidos.
Del otro lado de las norias,
silencio de incertidumbre.
Lejos quedaron los puentes que cruzó,
viajero gris, por lánguidas riberas.
El viento brama en los helados estanques.
En el pozo de los abrojos,
junto al paisaje de su memoria,
hay un lugar dulce para su corazón.
Pero atardecen las flores doloridas.
En la tarde antigua como el tiempo,
recordar le da ganas de llorar
y la nieve habita su añoranza.

SOBRE LA VERDAD MARCIAL DE JUAN BONILLA

Al encender la chispa de los recuerdos,
pregunta por el viaje al lugar insólito.
Piensa en la incertidumbre que siente por sí mismo,
pero ama el mundo y sus añicos de esperanza.
Bajo el sol de los días,
en la táctica lírica de su defensa,
la nada es su referencia más alta.
Si la noche pronuncia el temblor antiguo,
instantes de alivio tiene en los espejos de belleza.
Afronta la voz lúgubre de los perversos,
y desengaño de la vida.
Afronta pesadilla y laberinto,
en los bosques sagrados,
lejos del pantano del desespero.
Merece la pena la ansiosa melodía
de pensar que existimos
y que las estrellas
son eternidades que se comunican.

JUAN CARLOS MESTRE MEDITA
SOBRE LA TUMBA DE KEATS

Cruzó los puentes rotos y el otoño de las ánforas.
Cogió flores del jardín de las Hespérides,
se las llevó a la tumba de Keats
y encendió los altares decorados de epitafios.
Para que el mundo no terminara en sufrimiento estéril,
Juan Carlos Mestre bajó a la catacumbas.
Maldijo de cardenalicia broca saqueadora,
vio los ojos de mármol del monarca
y el espectro implacable de los alguaciles.
Anduvo entre tabernáculos asediados por los cuervos.
Ante el reloj de arena que marcaba el tiempo
de los que se iban a cubrir de lodo,
hubo que acudir al cementerio de la utopía,
a llevar como estandarte la especulación del espíritu.
El homicidio era exaltado en ceremonias patrióticas.
Asombrado por la calamidad de los pueblos,
para que el mar no fuera un volcán de sangre
conjuró contra los alacranes de Caronte,
y contra el vendedor de tristeza.
Ebrio de manantiales litúrgicos,
entre los perros de la judicatura,
sostenía los cálices de Homero,
de donde el arco iris brotaba.
Pudo al fin contemplar la Osa Mayor,
transfigurada en estrella marina.
Y sorprender al descendiente maya
robando las manzanas de Juno.

JUAN ANTONIO GONZÁLEZ IGLESIAS Y LA PROCLAMACIÓN DE EROS

Recojo las mejores metáforas de Juan Antonio:
me ilusiono con sus epicúreos himnos.
Con su espera de la mañana invulnerable.
En aras de la ebriedad de la tarde,
pone el poeta su idea radical.
Acude a los Juegos Olímpicos
para proclamar la victoria de Eros.
Cruza los dominios del viento.
En la vendimia irremediable,
pisó los cardos de septiembre.
Asceta de octubre sin dioses,
defiende la belleza del mundo.
Se acuerda del pájaro
que cantó sobre las mansardas de París.
Se redime de la tristeza,
concentrado en un ciprés.
Canta la tentación del oasis.
Celebra los fulgores del horizonte.
Por exceso de amor,
asegura que la noche no existe.
Aporto incienso para sus dioses libertinos.

LUIS MUÑOZ EN REFLEXIVA DISCIPLINA

Respira Luis Muñoz en los confines,
por parques de celaje ensimismado.
En su afán de descreído sosiego,
los sueños se convierten en paisaje.
A oscuras de sí mismo,
medita sobre lo que han sido
los veranos como sal de recuerdo.
El destello de lo imprevisto
urde la undosa red de la intemperie.
El tiempo se desdobra en lugares de niebla,
tardes sombrías que se deshacen
como pájaros que sume la distancia.
Como pasión de horizonte,
nada se resta a lo que dura poco:
un tipo de tristeza ajena y de siempre,
un puerto gris al que la noche señala.
De quién sino de nadie
son los reflejos del agua y el rumor de hojas.
Con signos de ausencia,
la oscuridad encharca el limbo de la plaza.
Un presagio de memoria hace precedero a cuanto toca.
En papeles de engaño, estremecida
la hora escribe en su cuaderno
el designio de las estaciones.
Con los hilos del viento vuelan las cosas tardías.

LUIS GARCÍA MONTERO
BUSCA UN DESTINO SOPORTABLE

Desde los álamos de Granada
hacia los balcones de Madrid,
Luis García Montero se desplaza
por la noche de las cafeterías.
Sale de los sótanos,
poniendo palabras en dudosas veredas.
Abriendo puertas a la multitud de los semáforos.
Está junto al río, con un libro.
Va hacia el puente y es un hombre silencioso.
Vuelve a la calle y ve la luna tatuada en el mar.
Sigue a su amada por pasillos turbios,
hacia la tarde color del tiempo.
Mientras viaja a Buenos Aires o a Nueva York,
reflexiona sobre la fatalidad del amor.
Corazón de instinto callejero,
lleva en su imaginario una ocasión perdida
y muchas expectativas.
Con la ciudad inscrita en la memoria,
trajo la madrugada en su semblante.
Viene desde un desembarco de sombras,
cruzando bares y tiendas.
Centinela escrutando el insomnio.
Un rumor de suburbio agita los relojes.
Plazas melancólicas anuncian ventanas,
domingo de otoño,
atardecer de barcos rotos y huellas borradas.
En el bulevar Extravía, licores bebe de la pasión.
Contempla el bullicio de la gente.
Mira hacia los días de incertidumbre.
Cruza esquinas como laberintos.
Destinado a soñar con la distancia,
escribe la historia de sus días.

SEMBLANZA DE LUIS ANTONIO DE VILLENA

Bajo las frías luces de una cátedra,
el poeta, un astro delincuente, habla de los suyos.
Canta al unísono con los vencidos y los rebeldes.
Con los raptados por la pasión, bebe flores impuras.
Me identifico con él (y ellos), en contra del no atreverse.
Me hice uno con los visionarios
que miran las rosas de los sótanos.
Me han caído bien aquellas gafas de plástico
azul, color de vida,
la sonrisa de aspecto generoso y extravagante,
y el miedo hereje que es una insignia,
un aroma que nace de la estirpe romántica y embriaga.
Execrar la idiotez de los revolucionarios,
e imaginar una galaxia en que habrá Vida limpia,
es más que tener un canario y sacrificarlo a Orfeo.
Es más que tener una lechuza llamada Minerva,
y apreciar lo que a la gente no le gusta:
alacranes, y un gato negro de nombre Dioscórides.
Es embriagarse en belleza,
como en la festiva Roma de antes de la fe española,
sin cruces ni monasterios.
Más que pregonar graciosos desconciertos,
y atesorar obstinaciones libertarias;
permanecer roto en el alma, trasnochado,
impregnado de quebrantos,
delante del daño inevitable, irreverentemente libre,
hasta el fin del universo.

LAS CONSOLACIONES DE LUIS ALBERTO DE CUENCA

¿Oscura es la frontera inmisericorde?
Alegre es la fiesta de los almendros.
¿Ya no hay más camino que la cruz?
Nos queda alumbrar las huellas del tebano.
¿Se hunde en niebla la pradera de la tribu?
Nos queda el reino blanco,
donde nacen los poetas y la libertad.
¿Tenemos bastante con los umbrales del abismo?
Viaja en corceles de Calíope
el cultor de las glorias de la patria eterna.
¿Urden duelo y pena su contubernio?
Nos quedan los pájaros azules del barrio de Salamanca.
¿En humo de fastidio gira el mundo?
Nos quedan las antorchas del sueño de la razón.
Pocos se zafan de los envites del desamparo,
¿Y donde el salvavidas, donde el antídoto?
Hay un jardín donde se olvidan los reveses.
¿En el infierno pautado de los días,
sabremos andar hacia alguna parte?
Marchamos con nuestra bandera a favor de la vida.
¡Ojalá nos bendiga el perfume de las flores,
cual bienaventuranza más allá de los naufragios!

LEOPOLDO ALAS EL VISIONARIO

Leopoldo Alas, el visionario,
vivió inmerso en imposible quimera.
Rogaba al azar entendimiento
para descifrar la locura de vivir.
Siendo un individuo escindido,
se ubicaba al otro lado de sí mismo.
Tuvo vértigos y duelos como galardón,
pero celebró la fiesta de los engaños,
atesoró los sentidos
y sintió el dulce perfume de un cuerpo deseado.
Enajenado, en soledad con los espejos,
añoraba los ojos que tuvo otrora,
quisiera volver a los jardines de su infancia.
Temblar en el trapecio
era saberse entre la nada y su sombra.
Sospechar de peligros en noches de devaneo,
meditar sobre la gracia
de saber que el dolor es efímero también.
Comprendió la ambición de destellos
con que el tiempo anuncia el abismo.
Luchó en defensa de banderas caídas.
Sometido, con los brazos abiertos,
Pidió sentimientos claros,
sin la trama de los miedos
ni el dolor de la dualidad,
mientras se iba estrechando el cerco.
En los días que supone haber vivido.
el don de la embriaguez le ofrecía un afán.
Por si la vida no tenía sentido,
vivió amparado en la luz de los hombres afectuosos.

MARTIN LÓPEZ VEGA EN LABRANZA LÍRICA

Martín López Vega vuelve la vista hacia lo alto
para olvidar su enloquecida vigilia.
Bebe el sol en un charco
como el vino que, en noche eterna,
compartió Li Po con amigos.
Con los versos de Hölderling en la cabeza,
viaja a una isla a la que nunca irá
y de la que no regresará.
Ítaca, colores de infancia,
caminos de Coimbra,
y otros recuerdos de tardes que regalaría
a quien amores perdidos le comprase.
En un jardín de horas,
ejerce su peregrino oficio:
recoge palabras en el vacío
y enhebra la melancolía.
Busca la planta que nos concederá la dicha.
El país donde vagaremos llevando bosques en la mente.
El don de oír los pasos del silencio.
Yo, que soy de sus viajeros visionarios,
ejercería de calígrafo de sus pergaminos,
y cuidaría las ortigas de su terraza.

EL OFICIO LÍRICO DE MARÍA ÁNGELES PÉREZ LÓPEZ

El día de alboroto articula quebrantos.
En baúles de memoria,
María Ángeles Pérez López
guarda un cuaderno de ausencias.
Le duele el recuerdo con su espuma,
y el soplo voraz calcina las horas.
La tarde tiñe sus telares.
Desazón en el temblor del aire,
el polvo oscurece el andamiaje que cruje.
Con sus aparejos mareantes,
busca un verbo contra la amargura.
Reclama la supremacía de la tarde,
y conjura la caída del tiempo.
Asediada de pasión vertical,
se declara ajena,
abandonándose en soledad a la intemperie.
Llora sobre la palabra sin fortuna
y canta promesas pesarosas.

MARÍA VICTORIA ATENCIA
DESCIENDE A LOS JARDINES

La enredadera de la vida la conduce
hacia los narcisos de las horas.
Conmovida por un olor recordado,
ella busca algo que la ilusione
como la mandrágora de una mirada.
Sondea los bolsillos y el aire blando,
paseando entre abedules, otoño adentro.
Cuando giran los instantes de los lirios,
le provoca trastorno el tiempo litúrgico.
Como si las aves la suspendieran en el aire,
un destello deslumbrante brilla ante sus ojos.
Cuando se levanta el viento sobre las torres,
enciende sus sentidos en la ribera.
Dice que asentará el pie en el embarcadero
y desciende a los jardines.
Está turbada por un asedio que alumbra sus umbrales.
Desde aquella primera gota amarga en los labios,
engendra sus vuelos
nada más que prenderse al deseo de ternura.
Se acoge a un remanso con luz en vilo.
Respira el mar que llega a su puerta.
María Victoria Atencia
tiene el alma expuesta a la intemperie.
Se refugia devotamente en un estado de sueño,
un abandono en el que siente cómo las cosas claman
y sigue creyendo en la sucesiva hermosura.

LA TRAGEDIA SEGÚN MIGUEL ALBERO

Un aguantar, sin quejarse,
la certeza ineludible.
Un amanecer sin nubes que pasa fugaz.
Una sonrisa sin fiebre.
En eso consiste la vida
de quien que no era previsto salir vivo.
Entra en el paciente el veneno de la muerte.
Roberto Bunin, el de la dos tres tres,
sabe que no existe futuro.
Sentado en el borde de la cama,
traga la nausea del amoníaco y de la rancia orina.
Así que aguanta la vida,
y su fe apenas le aporta sosiego.
Nada le ofrece una promesa de cambiar de ánimo.
Ya no merece la pena beberse el Betadine.
La vida es el anuncio de un pájaro negro
que mira por la ventana.
El que siente la perspectiva de la demolición
y el sol como vida de otros,
está perplejo entre la compasión y la crueldad,
y tiene ganas de que le corten el suero.
El sueño es su única distracción.
La morfina, su única esperanza.
Miedos y dolores le inspiran un rostro grave,
en tanto que los otros lo miran asustados.
Amargura de saber que la vida es una película terrible.
Un reportaje *sobre todo o nada*.

EL JARDÍN DE OLVIDO GARCÍA VALDÉS

El jardín de Olvido García Valdés
tiene gorriones y mirlos.
En él brotan flores como caracolas.
Es un refugio donde ella piensa sobre el umbral del dolor
y contempla los árboles como los charcos.
Bajo un ciprés, entre lirios, mira las mieses
y medita sobre los rastros del atardecer.
Observa el estar en el mundo
y todo transmuta en visión de resplandor.
La medula de la vida respira.
El viento limpia los cielos.
La levedad de las hojas le recuerda lo efímero.
Coge palabras de la memoria,
mientras pasea por un parque en abril.
La transparencia de noviembre en las afueras,
los humanos le parecen murciélagos,
inmersos en el paisaje.
La brisa agita los rosales.
Sobre las piedras vivas posan cigüeñas.
El jardín de Olvido García Valdés
ostenta la efigie de Ícaro.
Es, a la vez, un lugar de nadie,
donde ella se ahoga en sueños.
Flota un gris de tormenta
y no le queda más que aceptar la vida.
Girasoles y cuervos vuelan sobre los olivos.

LAS TURBADORAS ANFORAS DE PABLO GARCÍA BAENA

Pablo García Baena
aspira los olores del jardín de los Mártires.
Bebe el licor de los vespertinos sentidos.
El amor le ciñó con su dicha
y con la llave de niebla del recuerdo,
donde el polvo de lejanos caminos.
Una agonía suntuosa
le hace imaginar una ceniza viva
Junto al mar, canta una luz de esperanza,
como los suspiros de los enamorados.
Por entre las adelfas,
que se doblaban como sombras,
la noche clava alfileres de otoño
en el verdor de las fuentes.
Contempla el agua de los hontanares.
que arrasa la púrpura de su engaño.
El venero escondido del éxtasis
y el verano en una boca de ofrenda anhelante.
La sombra de junio le ofrece misteriosos cultos.
Sus párpados se tiñen con el carmín de los idilios.
La luna gotea sobre el balcón abierto,
una cálida boca le recuerda
el frescor jugoso de los frutos frescos.
Moliendo alhelíes, pasan las cortesanas.
Hay jazmines de fiebre en la cintura de las bailarinas.

PERE GIMFERRER, EL ADORADOR DE VENUS

Pere Gimferrer vive encantado con sus alegorías de amor.
Cada palabra suya arde en hospitalaria redención.
No sabría vivir sin trasfigurar su mirada
hacia la sostenida gloria.
En su oratorio adora un cuerpo de abril,
cuyos destellos enhebran su ser.
Hondo en la noche el pasado se afirma:
castigo doloroso y dulce de lo que siente.
El reloj de arena le informa
de que ha contemplado las ramas estremecidas,
y que vivir es irse en carnavales de Caronte,
hacia la estancia yerta.
Pero pone la luz de su sentir en una sílfide marina,
cuyos ojos centellean en horas dilapidadas.
Horas de claridad sin pulso en que desea ser
el silencio de los henares de la diosa,
cuyo fuego de enebro calienta sus altares.
Rui señor del firmamento,
bajo el arco encendido del aire,
a tientas, en el pabellón del día,
vuela hacia sus labios relampagueados.
Navega, proa adelante, mar adentro,
amor en vilo, hacia la ínsula del tálamo,
entre rosales de perpetua primavera.

ROGER WOLFE ANUNCIA UNA VERDAD TEMIBLE

Ante las agobiantes demandas,
Roger Wolfe se pregunta por el sentido de las cosas.
Los instantes, psicosomáticos temblores,
y las palabras, ecos vacíos,
no informan sobre nada.
Pero él siente que el cielo se asemeja a su conciencia.
Al Réquiem de Mozart
recupera la mañana perdida.
Abomina la pantalla negra de los días tontos.
Semáforos y letreros no ocultan el abismo,
la guerra programada,
y el ladrón de la moneda encerrada por el puño.
Asombrado por las horas,
con desasosiego,
piensa en el problema de la muerte.
En su castillo imaginario
sueña con hacer realidad los sueños.
Tan ansiosa es la felicidad de un momento,
que imagina con deleite todas las desgracias.
Sabe que escribir es inútil
y que nada tiene la más mínima importancia.
Pero antes de que estalle la fanfarria funeraria obscena,
quiere beber la vida y conjurar el asco.
Y al fin de la comedia,
creer que, a pesar de todo,
es posible hojear un libro de Rilke
y oír la música de un mirlo.

EL TIEMPO METAFÓRICO DE SANTOS DOMÍNGUEZ

La noche de sigilo morado
y los círculos astrales
le hablan del minuto inaugural.
Se trata de una vigilia lenta
que suena y nos mira
y es la luna, cual pájaro de cristal.
Un ángel viene desde el país del yermo,
como el viento
que arrastra los infortunios de la tarde.
Leve materia sonora,
amarga voz, destierro,
ausencia y llovizna del día turbio.
El tiempo es también luz de infancia
y campana encendida.
Huye con su lámpara de sombras,
alzando la incertidumbre de los altos silencios.
Disfruta Santos Domínguez de un reino cromático:
los montes de fragosa espesura,
un paisaje dominical arde,
con su flamígero nadir de celajes,
y un mar sin oleaje,
vacío de veleros, en la lejanía.

VICENTE VALERO DEMANDA LA LUZ DEL BOSQUE

Vicente Valero demanda la luz del bosque.
Busca palabras de honda claridad,
y siente las brasas de voces que han ardido.
Sube, a solas, hacia los acantilados
e inhala un hálito de bienaventuranza.
Con su aprecio por la música de las hojas secas,
camina para ahuyentar a los demonios.
Aspira perfumes en un manantial de sombras,
donde el sol se muestra como un obsequio.
En su contemplación,
el mar es como un vuelo dentro del vacío.
Él ve los matices de las hojas mojadas
y escucha la tórtola
en un atardecer lleno de recuerdos.
Mira las nubes sobre el jazmín de la memoria.
Siente la vida como un río
entre lo que existe y lo que existió.
El futuro es adonde llegan los pájaros,
fuente en que bañarse sin miedo al propio dolor.
La luz del bosque le enseña
que los días pasan por extraños caminos
y con la noche por delante.
el agua se aleja para no volver.

EL SUEÑO VERDADERO DE VICENTE GALLEGO

Suena un blues triste,
mientras Vicente Gallego enciende su pipa,
y respira el aroma distante.
No hay engaño en el soplo de estar vivo.
Ante el arroyo breve que su sombra enturbia,
bebe el licor del pasado,
estrella fugaz.
Delicada es la fragancia de la tarde.
La palabra, viento de clara tiniebla,
gira en la terraza, aliento de amor,
que es la congoja contemplada.
Da gracias al Sol
por que la alegría nazca de sí misma.
Por el camino de su verdad,
quiere estar en paz consigo y con el mundo,
pero al fin la tarde se escapa
y le queda la esperanza de otro agosto,
otro momento agradecido en una playa,
y la obstinación de la fiesta del mundo.
Su arte es un deambular hacia el alado consuelo.
Su oficio es sanar con rocío la herida de las horas.
Su prodigio es flotar en la bóveda de espuma
como el fuego de la nube en la penumbra,
como la conciencia de un tiempo bendecido.

VÍCTOR JIMÉNEZ,
CON EL TIEMPO ENTRE LOS LABIOS

El tiempo le habla de tardes indigentes.
Lo conduce a la Estación de San Bernardo,
y lo transforma en un niño
que juega a esconderse del olvido.
Del alba a la amargura,
Víctor hunde los ojos en las olas.
Una tormenta desata
en las almenas de su anhelo.
Quisiera volver a la gloria
de no saber que la muerte existe.
No encuentra sosiego en la soledad de la vigilia.
En sus sienes anida remotas cumbres.
Sorbo a sorbo, bebe el tedio cotidiano
cuando de un viento gris se viste la tarde.
Demanda lugares de niebla
y siente el perfume de la nostalgia.
Rendido está a la umbría suerte
y sólo le queda un aliento de lumbre.